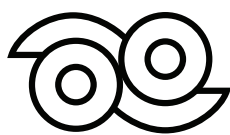


Navegaciones



Navegaciones

Comunicación, cultura y crisis

Aníbal Ford

Amorrortu editores
Buenos Aires - Madrid

Biblioteca de comunicación, cultura y medios
Navegaciones. Comunicación, cultura y crisis, Aníbal Ford
© Aníbal Ford, 1994
Primera edición, 1994; primera reimpresión, 1996; segunda
reimpresión, 2001

Única edición en castellano autorizada por el autor y debida-
mente protegida en todos los países. Queda hecho el depósito
que previene la ley n° 11.723. © Todos los derechos de la edición
en castellano reservados por Amorrortu editores S. A., Para-
guay 1225, 7° piso (1057) Buenos Aires.

La reproducción total o parcial de este libro en forma idéntica o
modificada por cualquier medio mecánico o electrónico, inclu-
yendo fotocopia, grabación o cualquier sistema de almacena-
miento y recuperación de información, no autorizada por los
editores, viola derechos reservados. Cualquier utilización debe
ser previamente solicitada.

Industria argentina. Made in Argentina

ISBN 950-518-641-X

Impreso en los Talleres Gráficos Color Efe, Paso 192, Avellane-
da, provincia de Buenos Aires, en marzo de 2001.

A la memoria de Horacio Achával, Haroldo Conti, Jaime Rest, Jorge Suárez, Rodolfo Walsh.

Indice

11	Prólogo
24	Fuentes
27	Primera parte. Metáforas y conjeturas
29	1. Navegaciones. Culturas orales. Culturas electrónicas. Culturas narrativas
42	2. De la aldea global al conventillo1 global. Algunos campos críticos en la problemática homogeneización, heterogeneización y fragmentación en las culturas de América Latina
65	3. Conexiones. El conjunto «índices, abducción, cuerpo»: entre los comienzos de nuestra modernidad y la crisis actual
85	Segunda parte. Viajes
87	4. «Homo viator». El conflicto entre estrategias literarias y etnográficas en <i>Sudeste</i> de Haroldo Conti
113	5. Rodar tierra. Rodar sentido. Traslados e inscripciones en movimiento. Apuntes etnográficos
125	Tercera parte. Representaciones
127	6. Los medios. Tráfico y accidentes trasdisciplinarios
149	7. Culturas populares y (medios de) comunicación
158	8. Literatura y medios. Un conjunto abierto e impreciso
164	9. La tribu televisiva y el mercado de la soledad

171	Cuarta parte. Sujetos
173	10. José González Castillo. Cine mudo, fábricas y garçonnières
190	11. Ese hombre
193	Quinta parte. Discusiones y apuestas
195	12. «Decidir en situaciones de incertidumbre»
205	13. «Aquila non captat muscas». Invenciones, saberes y supervivencias en la cultura de la crisis latinoamericana
218	14. Los medios, las coartadas del New Order y la casuística
233	Bibliografía citada

Prólogo

1

Aunque la mayoría de los trabajos de este libro son posteriores a 1991, lo comencé a escribir en 1988, cuando volví a la universidad después de quince años. Fueron los estudiantes, que vinieron primero a casa a pedirme que ingresara en la universidad y que luego me propusieron como director de la carrera de Ciencias de la Comunicación, los que me hicieron cambiar el rumbo. En ese momento estaba escribiendo un guión de cine, que abandoné, trabajaba como director de desarrollo en una fábrica, hacía periodismo y política. Había publicado poco tiempo antes, en 1987, *Desde la orilla de la ciencia*. Ahí había reunido junto a viejos trabajos como «Walsh, o la reconstrucción de los hechos» (1969) o «El regionalismo» (1972), algunos de discusión política y otros que había escrito y guardado en los cajones durante el exilio interno. La relación con el territorio, y no sólo académicamente, me había obsesionado durante esos duros años. Pero se había fundido con las preocupaciones que había estado trabajando los años en que fui jefe de redacción de *Crisis*, dirigida por Eduardo Galeano. Hasta la dictadura militar. Sobre el final de la revista comencé a analizar lo que en ese momento se llamaban «problemas globales». Amílcar Herrera me había dado el día antes de exiliarse una copia del contraproyecto del Club de Roma elaborado por la Fundación Bariloche («Catástrofe o nueva sociedad. Modelo mundial latinoamericano») y un estudiante de Berkeley me había pasado los primeros *readers* internos de la universidad sobre estos temas. Los viajes y las investigaciones sobre los procesos de desertización en el oeste pampeano forman parte de esto, como los trabajos sobre el interior del país y las indagaciones en las diversas culturas del trabajo y de los recursos. Era claro que el mundo, y el país, después de la crisis

del '73, debía ser leído en otras claves, tanto en lo coyuntural como en los tiempos largos. De ahí también mis entradas en la historia de la ciencia en la Argentina o en las exploraciones geográficas.

Cuando cerró *Crisis*, en 1976, por las presiones de la dictadura militar, intenté diseñar proyectos editoriales sobre estos temas, trabajados fundamentalmente en el caso argentino, pero en los dos proyectos de revistas donde quise hacerlo asesinaron a sus directores. Entonces ahí vino el silencio. Escribía, investigaba y guardaba en los cajones.

También en los años inmediatamente anteriores a mi reingreso a la universidad había publicado una novela, *Ramos generales* (1986), que pensé muy de vanguardia y que terminó siendo representada en el interior por un circo ambulante. Y también un libro de cuentos, *Los diferentes ruidos del agua* (1987), donde junto a algunos relatos de *Sumbosa* —que publicó Rodolfo Walsh en 1967 y que me había llevado, por sus intentos desestructuradores de la literatura, a figurar en los libros de los servicios de inteligencia— había incluido relatos que en clave literaria elaboraban el exilio interno y los azares de la supervivencia durante esos años. Esto fue un pequeño interregno en que pude retornar a la literatura. En ambas obras están muchas de las preocupaciones básicas que dieron origen a este libro.

Nunca pude diferenciar con claridad la literatura de otros quehaceres políticos, cotidianos o científicos. Esto no es algo subjetivo. Como este país tuvo una relación conflictual y muchas veces precaria con la modernidad, no me siento firme diferenciando los discursos con la asepsia con que se lo hace en el Primer Mundo. Mi primera clase en esa vuelta a la universidad en 1988 fue un análisis de las formas en que habían elaborado los diarios la tremenda lluvia de cenizas que cayó sobre Buenos Aires el 11 de abril de 1932. Pero esas fotos de los diarios, de la Plaza de Mayo vacía y cubierta de cenizas, como nevada, me enfrentaron con una imagen que sigo elaborando no sólo literariamente: en mi interior esa plaza vacía y muerta, donde tantas veces habíamos ido a defender nuestros derechos, era la más clara representación de la cruel dictadura de Videla. La muerte de la sociedad civil. O de la larga elaboración de un duelo que me marcó durante esos años: el asesinato de Haroldo Conti.

Si estoy poniendo este libro en una clave personal, literaria, política, no es porque le huya a la cultura universitaria, con la cual estuve y estoy constantemente en saludable conflicto. Soy un *scholar* fallido. Me apasiona la investigación, la documentación, la focalización exhaustiva de un tema. Pero me pregunto por qué muchas de las tesis, métodos, sistemas de hipótesis de este libro que parecen más lejanas de las disciplinas de la investigación universitaria, me permitieron vivir, o sobrevivir, durante la dictadura, como director de proyectos en una fábrica de productos químicos, dirigiendo a ingenieros y químicos. Mucho de lo que tiene este libro de análisis de índices, de exploración de la *serendipity* y de los procesos de invención y de establecimiento de hipótesis, proviene no de la bibliografía citada sino de esta experiencia de invención y planificación de la invención. Caminos cruzados. Uno de mis aportes a otros y diversos trabajos provino del manejo de tiempos y cronos de desarrollo que aprendí en el periodismo, «la picadora de carne», la mayor escuela de manejo de tiempos. Y esto no es taylorismo sino filosofía del «cierre».

Pero no se trata sólo de esto. Podría decir que si no me hubiese detenido en la cultura del trabajo en la Argentina, si no hubiese leído a Biale Massé u otros investigadores de la clase obrera, nunca hubiera podido valorar y jerarquizar el trabajo de los técnicos y «habildosos». Si hay algo que rescato es haber decidido en cierto momento construir un reactor con técnicos argentinos, no universitarios, frente a la compra de tecnología en el exterior. Y no hubiese tomado esta decisión si no hubiera razonado largamente, y desde muchos años atrás, sobre la cultura del trabajo, sobre los desarrollos tecnológicos de las clases populares, sobre la creatividad en las zonas rurales o en las industrias. El haber visto a un obrero remplazar una pieza que valía dos mil dólares por un piñón de bicicleta me enseñó tanto como muchos libros. Así como cuando, trabajando de fletero, llevaba los fascículos del Centro Editor o aquella formidable revista que fue *Ciencia Nueva* u otras publicaciones a la playa de Huergo o a la de Vélez Sarsfield, pude entrar en el trasfondo de la industria cultural.

De alguna manera estoy haciendo la arqueología de este libro. Mi experiencia política, periodística y literaria. Mi ex-

perencia fabril. No quiero dejar afuera una zona que es fundamental: los viajes, los caminos. En la Argentina o en América Latina. Vividos o estudiados. Mucho de lo que hay en este libro proviene de la reconstrucción histórica de viajes, como el de Darwin y Fitz Roy o los de Piedrabuena, o de experiencias directas. La primera navegación del Chadi-leuvú, el seguimiento de los rastros del Boga, el personaje de *Sudeste* de Haroldo Conti, las charlas con puesteros que vivían en tremendas soledades, las caminatas por la cuesta de Lipán, el registro de establecimientos y pueblos abandonados en muchos lugares del país, los cruces culturales y económicos en las fronteras, como esa mixtura entre los electrónicos de Villazón y el fantasmal Viernes Santo en Yavi que compartí no hace mucho con Beba y Ricardo Piglia, con Flora y Héctor Tizón, con Nora. La gente y los caminos fueron alimentándose. Haciéndome entender el país, desestructurando los diversos etnocentrismos, incluso los políticos. Cuando cantábamos aquí «A desalambrar» de Viglietti, hice uno de mis primeros viajes al oeste pampeano. Y ahí los pobladores que quedaban, en esos pueblos abandonados, recordaban los buenos tiempos en que había habido alambrados. Es decir, trabajo. Extrañaban no el paternalismo sino la modernidad.

2

Vuelvo al '88. Cuando regresé a la universidad, mi mayor preocupación era cómo había que reconstruir una visión operativa y no desestructurada de la realidad. Los tiempos habían cambiado. Había que aceptar que se estaba en una etapa de transición y que era inútil buscar esquemas totalizadores. Pero, ¿dónde estaban los nuevos métodos de interpretación? ¿Dónde las líneas de acción efectivas u operativas? El Gramsci que en la cárcel, en plena crisis se pone a investigar los folletines y las lecturas populares de sus compatriotas, el Scalabrini Ortiz que deja la gloria literaria para investigar la estructura ferrocarrilera del país, siempre me habían impresionado. También el Ortiz Pereira que leyendo a los epistemólogos franceses y tal vez escuchando las conferencias de Einstein construye una mirada que le per-

mite descubrir que éramos una colonia británica. Ejemplos pesados desde el punto de vista político y epistemológico. Ellos habían obrado teniendo enfrente un futuro difícil pero mucho más abierto y posible.

Los diagnósticos económicos en ese momento, fines de los '80, como ahora, eran pesimistas. Era difícil aceptarlos. El exilio interno nos había permitido sobrevivir a fuerza de voluntarismo. «Nadie nos va a ganar», había escrito en *Crisis* cuando fuimos amenazados por la triple A, en 1975. Y nos ganaron. Cuando en 1982 escuché una conferencia de Alcira Argumedo donde describía lo que se venía, me dio bronca. Pero tenía razón. Hace poco estuve en Lima. Y aunque lo que vi, lo vi en otros lugares de mi país o de América Latina, no sé por qué me golpeó con más fuerza. Ahí estaban la marginación, la violencia, el rebusque informal, la involución. Y esto no sólo lo registré caminando por los duros barrios de El Callao sino por otros lugares y avenidas, o en esos nuevos espacios donde se cruzan y se enfrentan las clases en América Latina: los semáforos. Los semáforos de la mendicidad.

Con todo, no perdí las esperanzas. Este libro arranca de lo indiciario, de lo micro, de lo marginal o residual, porque es la búsqueda a partir de 1988 de cuáles eran los nuevos organizadores de la realidad y sus conflictos. «¿Cuáles son los elementos dinámicos en esta sociedad?», se preguntaban Mario dos Santos y Fernando Calderón en un informe de CLACSO. Cómo saberlo si no indiciariamente, conjeturalmente. Había que comenzar de nuevo. Una vez me contó Arturo Jauretche que Yrigoyen, cuando se estaba muriendo casi en soledad mientras el país era sacudido por una gran crisis, les había dicho a él y a Homero Manzi: «Radicales, hay que comenzar de nuevo». Esto me quedó grabado. Hubo un momento en que pensé: peronistas, hay que comenzar de nuevo. Ahora pienso, simplemente: hay que comenzar de nuevo.

Yo había percibido lo nuevo cuando después de un fuerte desarrollo en productos técnicos para la industria, en la fábrica donde trabajaba, la mayor venta se había producido en los mayoristas que vendían a vendedores ambulantes. Después leí una entrevista de Norma Fernández a Néstor García Canclini donde este señalaba que había que ingresar en el análisis de los conflictos sociales y culturales a los desocupados, marginados y cuentapropistas. No era fácil

aceptar esto, sobre todo en mi caso, que venía del peronismo, movimiento que abandoné el 31 de diciembre de 1989, y de la idea de que los conflictos centrales o las peleas por el desarrollo pasaban por la clase obrera industrial. Era evidente que la población crecía más que el producto bruto, que este crecimiento se hiperconcentraba en una capa social, y que cada vez iba a haber en América Latina más marginados e informales. También era evidente que nuestras posibilidades de industrialización y desarrollo se habían debilitado. Que los productos de explotación primaria bajaban sus precios a nivel internacional. Que estábamos cada vez más aislados de la economía mundial. Que íbamos a sufrir procesos de involución como realmente los sufrimos. En fin, porque sobre esto doy algunos datos a lo largo de este libro, que nuestra precaria modernidad se estancaba y retrocedía.

Con todo –y esto intento explicarlo en «Aquila non captat muscas»–, uno no pierde la «pulsión exploradora», la capacidad de invención. No está *squeezed out* de la existencia. Busca, genera hipótesis, analiza lo que hace la gente para sobrevivir o los avatares de la situación internacional. Las posibilidades de encontrar fisuras, negociar, reingresar en el desarrollo. El New Order también tiene sus precariedades y sus conflictos no resueltos. De ahí mi reacción ante el análisis pesimista de Herbert Schiller y mi respuesta en «Decidir en situaciones de incertidumbre». No es aleatorio que titule este artículo con una frase, que data de 1971, de Oscar Varsavsky, uno de los grandes científicos y pensadores argentinos. En este sentido, estos trabajos pertenecen a esa vieja y dura búsqueda de desarrollo social castigada, en el caso de la Argentina, por «la noche de los bastones largos» durante la dictadura de Onganía. Pero no muerta, a pesar de los constantes intentos de destruir nuestras tradiciones de investigación y enseñanza.

3

Este libro se inscribe, en el tiempo corto, en la búsqueda de nuevos patrones para pensar la realidad latinoamericana. Como un simple aporte desde un campo específico, el de comunicación, cultura y medios, no como una propuesta glo-

bal o total. En su estructura interna avanza en diversas pistas. Partió de la búsqueda de indicios en un momento de incertidumbre, de transición. Ese fue el objetivo de «Conexiones». Hoy, apenas cuatro años después, creo que podemos ver con claridad cómo se articula el New Order y en qué situación está América Latina.

En otro plano, este libro se reengancha con una vieja discusión sobre los medios y con la desarticulación del falso binarismo entre «apocalípticos e integrados». Esto que está presente en «Culturas populares y (medios de) comunicación» y en «José González Castillo. Cine mudo, fábricas y garconnières», pero que analizo desde una perspectiva actual en «Los medios, las coartadas del New Order y la ca suística». Debajo de esto hay un problema fundamental: el de confundir el estudio de los medios con su apología. O el de criticarlos sin conocerlos y sin conocer la relación de la gente con ellos. De ahí las tesis de la massmediatización social y su reverso alternativista, de ahí pensar que los estudios de recepción implican eludir las políticas culturales y comunicacionales, de ahí las barbaridades que leemos a menudo sobre los efectos de los medios, usados como taparrabos para no explicar de dónde parte la injusticia social, la violencia, o la desestructuración de las instituciones, como lo señalo en «La tribu televisiva y el mercado de la soledad».

Un tercer plano, que subyace en todo el libro, pero que está más claramente expuesto en «Los medios. Tráfico y accidentes trasdisciplinarios», especialmente en su *post scriptum*, es el de los avatares de la constitución del campo «comunicación, cultura y medios», campo fuerte en producción, pero débil en sus fundamentos epistemológicos, como todo saber transversal.

4

Pero también se inscribe en tiempos más largos en viejas discusiones o búsquedas personales. Soy el séptimo hijo de una familia de clase media. Mis seis hermanos anteriores nacieron entre 1910 y 1918. Yo en 1934. Mis hermanos tercero, cuarto y quinto nacieron en Budapest, en el imperio

austrohúngaro, durante la Primera Guerra Mundial. Esta diferencia de edades y lugares hizo que mis primeras imágenes de esta guerra, de Viena, de la Semana Trágica o de la revolución del treinta, provinieran de relatos familiares. También que durante mi adolescencia, vagoneta y dispersa, conociera con mis hermanos mayores la noche de los cincuenta y me apasionara por el jazz y el tango. Y también por el baile. Conocí el Tabarís a los diecisiete años y el entorno de Evita porque mi hermana mayor vivía con una actriz, Herminia Franco, y era amiga de Rita Molina, que es la que acompaña a Evita en su primer encuentro con Perón, como aparece en la película de Mignogna.

En estos años comencé a escribir poesía. Tenía un amigo, Jaime Barceló, que estudiaba con Juan Carlos Paz, uno de los grandes y olvidados músicos argentinos de vanguardia. Y con él y otros amigos nos pasábamos escuchando a Schönberg, Varese, Poulanc. Y esto se juntaba con la pasión por las vanguardias, del surrealismo en adelante. Leíamos *Poesía Buenos Aires* y *Letra y línea*. Seguíamos a Maldonado y los concretos argentinos. Descubríamos a Macedonio y a Xul Solar. Amábamos a Klee y a Mondrian. En esas «tertulias» le oí cantar «El gusanito» a Jorge de la Vega. Y en ellas también escuchábamos religiosamente las innovaciones y rescates que, en la tradición de don Julio De Caro, hacía Horacio Salgán, uno de los grandes creadores del tango de ese momento.

Entré en Medicina y abandoné. Me encerré en un tambo. Luego en Letras. Ahí me puse a estudiar con todo. Tenía ciertas afinidades con el peronismo aunque no era peronista. Pero no estaba de acuerdo con el enfrentamiento frontal que le hacía la FUBA. Me dediqué a estudiar y a reparar mi dudoso bachillerato. Durante la revolución de 1955, en que hice el servicio militar, me lo pasé estudiando, hasta cuando hacía las guardias, con el máuser en una mano y en la otra un resumen, algún «machete» sobre *La divina comedia* o sobre el *dolce stil nuovo*, sobre el *Roman de Renard* o la poesía, que siempre me apasionó, de Gonzalo de Berceo.

No sé cómo fue, pero un día me pregunté algo que se preguntaron muchos, por qué en la facultad no estudiábamos lo que silbábamos en la calle, e introduje en un examen, con asombro de los profesores, un análisis de la poesía del Negro Celedonio Flores. Después apareció la preocupación por la

«sociedad de masas» y por los medios. Un viejo profesor, Raúl Augusto Cortazar, creador de la carrera de Folklore y gran bibliotecario y documentalista, me alcanzó los cuadernos del congreso que Sergio Bagú había realizado en Córdoba y también la famosa polémica de Brogan y Macdonald publicada en *Diógenes*. Ahí comencé a cruzar los estudios de Letras con los estudios de los medios.

Y apareció mi primer gran maestro e interlocutor, Jaime Rest. El fue el maestro de muchos de nosotros. Vio con claridad las relaciones entre la cultura, los medios, las tecnologías, la política, la historia social. Con él aprendí esto último. Fue el creador de los estudios culturales en la Argentina. El me recomendó *Mass culture*, el famoso *reader* de Rosemberg y White y *The uses of literacy*, de Hoggart. Con él descubrimos tal vez el primer ingreso del análisis de la cultura de masas en un manual de literatura, el de Boris Ford, publicado en Pelikan en 1961. Ahí se incluía un trabajo sobre «Mass communication in Britain», que también había escrito Hoggart. Esto era como una legitimación de las relaciones que estábamos estableciendo entre literatura y medios en relación o no con los estudios de sociología de la literatura.

Rest, que había estudiado con José Luis Romero, me enseñó a ver la historia desde las transformaciones sociales, desde la gente y no desde los héroes. El era un «fabiano», un socialista antiperonista, pero sus saberes me sirvieron para estudiar y defender los procesos culturales profundos que se habían realizado durante el peronismo.

Años más tarde, a partir de 1966, entre los estudios culturales y la militancia política trabajaríamos con Eduardo Romano y Jorge Rivera tres temas básicos: la refutación de la metáfora «aluvión zoológico» y de la visión anómica aplicada a los migrantes internos, los «cabecitas negras» que habían venido a Buenos Aires para ingresar en la industria, la racionalidad de sus culturas económicas y no sólo folklóricas; la concepción nativista, ruralista y paternalista de la identidad argentina, presente aun en la universidad del peronismo, en desmedro de las identidades del país urbano, posinmigratorio, y obrero; y por último, la relación de las clases populares con los medios y la industria cultural nacional. Algo que generó fuertes discusiones con aquellos que trasladaban indiscriminadamente a nuestro país las con-

cepciones althusserianas. Esto fue lo que enseñamos en la Facultad de Filosofía y Letras en 1973 cuando el director del Departamento de Letras era Francisco Paco Urondo, después muerto en un enfrentamiento con los militares, durante ese funesto año de 1976.

Cuando terminé la facultad, en 1961, me enfrenté con algunos temas que no era fácil encarar institucionalmente. El primero era el de la teoría literaria, planteada de una manera débil y anticuada en la carrera de Letras. Me interesaban fundamentalmente los problemas de literatura y significado. Buscando me encontré con los formalistas rusos, con los trabajos del *new criticism*, con los análisis de la literatura provenientes de la filosofía del lenguaje o de la filosofía analítica. También con el estructuralismo y la semiótica. Fui lector desde el primer número de la revista *Communication* (1961), donde se cruzaban la sociología, la *communication research* con Barthes y Morin.

Atrás quedaba una vieja pasión: la filología. Pero tuve la suerte, durante esos años, de intercambiar con uno de los más importantes lingüistas argentinos, Jorge Suárez, los problemas relacionados con los estudios sobre lingüística y antropología. Suárez se había doctorado en Cornell con una tesis sobre el guaraní que después fuera publicada por Mouton. El me sugirió, cuando yo trabajaba en EUDEBA, en 1961, la publicación de Whorf, discutido sólo muchos años después en los estudios culturales. En 1964 estuve en los Estados Unidos en diversas bibliotecas, especialmente la de Bloomington, y pude barrer con grandes cantidades de bibliografía. Era el primer año del auge de xerox.

El otro tema era el de la problemática de la sociedad de masas, medios, industria cultural. Como no había marco institucional para esto —en la carrera de Sociología de Germani no entraba esta temática—, decidí ingresar en EUDEBA, la editorial de la universidad que en esa época era un *boom*. Junto a la traducción de la más importante bibliografía contemporánea, vendía millones de libros argentinos y extranjeros en kioscos callejeros. Esta experiencia me marcó. Su director, Boris Spivacow, fue otro de mis grandes maestros. Ahí comienza un camino de producción, de documentación, de creación de proyectos, de innovación comunicacional, a veces acertada y otras fallida, constante, que luego seguiríamos, cuando nos expulsó la tiranía de Onganía, después

de «la noche de los bastones largos», en el Centro Editor de América Latina. En 1969 abandoné el Centro pero seguí escribiendo para sus colecciones. La amplitud de Spivacow hizo que muchos intelectuales de mi generación, y más de la que me sigue, hicieran sus primeras armas, sus primeros ejercicios de escritura en sus colecciones. Ahí publiqué entre 1970 y 1972 «Literatura, crónica y periodismo», en *Capítulo Universal*; *Cuentos del Noroeste* y *Homero Manzi*, en *La historia popular*, y otros textos donde están las primeras síntesis de lo que veníamos explorando y que ya resumí. También participé, como redactor, en los primeros sesenta números de la *Historia del movimiento obrero*, una experiencia importante, pues esta historia se vendía en fascículos en los kioscos bajo otra dictadura militar: la de Lanusse. Estas experiencias de producción, de escritura con Spivacow, fueron las bases de mis trabajos posteriores siempre a caballo entre la investigación y el periodismo. Los trabajos para *La Opinión Cultural*, dirigida por Juan Gelman, el trabajo en *Crisis* bajo la dirección de Eduardo Galeano y la dirección de los *Cuadernos* de la revista, las colaboraciones en *Noticias*. O, sobre el final del Proceso militar, cuando volví a publicar, en las columnas de *El Porteño*, o en revistas políticas y diarios. Algo que sigo haciendo hasta hoy.

5

Tuve que ir para atrás para contextualizar, no justificar, este libro. Me resulta difícil hablar de sus búsquedas y sus hipótesis sin realizar esta pequeña reseña de mis actividades anteriores. A partir de 1988 comenzó una relectura de lo que hasta ese momento sólo había realizado en la literatura, el periodismo y la política, de todo lo que había ido produciendo cercano a la academia. Era claro que estábamos no sólo ante un colapso social, producido y residuo de las dictaduras militares, aunque igualmente de procesos anteriores, sino también de un colapso en el plano del conocimiento. Había que sacarse de encima las respuestas nostálgicas y voluntaristas, pero también el escepticismo posmodernista. Pero desde dónde. Con qué herramientas. Preferí comenzar desde lo más precario, la lectura de índices. Aguantar la im-

posibilidad de dar explicaciones totalizadoras, y no ser absorbido por los pronósticos economicistas y pragmáticos.

Hoy puedo decir que el horizonte es negro pero escrutable. Que no se puede decir dónde estoy parado. Que la crisis social, económica y cultural que padece América Latina ya muestra sus ejes. Ya no se puede decir sí/no, estoy confundido, no sé qué decir.

Y también que todo esto exige comenzar de nuevo. Y esto explica por qué en muchos artículos de este libro elegí una estrategia transversal y trasdisciplinaria. Tal vez, como el anterior, este libro está escrito desde la orilla de la ciencia. Pero también está escrito desde la orilla del desarrollo, desde la orilla del Primer Mundo. Ya no hay manuales ni doctrinas, pero sí posibilidades de intentar comprender nuestra sociedad y nuestra cultura, de jerarquizar sus problemas. Por eso insisto en el libro en que las complejidades que trabajo no provienen de las ciencias de desorden, por más que las utilice, sino de las complejidades de la pobreza.

Prefiero inscribir este libro en una tarea colectiva. En pensarme a mí mismo dentro de esa concepción de la historia social que me enseñó Jaime Rest. No sé bien qué es mío y qué es de los otros o, como diría Hegel, del espíritu de época. Pero sé que este libro le debe mucho a otras personas, compañeros de investigaciones y también anónimos de los caminos.

En primer lugar este libro le debe a aquellos que lo fueron leyendo total o parcialmente: Néstor García Canclini, Rosana Guber, Nora Mazziotti, mi compañera, que además de leerlo lo sufrió, Jesús Martín Barbero, Jorge González, Heriberto Muraro, Víctor Pesce, Ricardo Piglia, Jorge Rivera, Julie Taylor, Héctor Tizón.

En segundo lugar al equipo de la cátedra que me acompañó durante estos años, leyendo, traduciendo y discutiendo: Pablo Alabarces, que editó los 27 cuadernos de la cátedra que armamos con Alejandro Piscitelli, Marina Calvo, Daniel Collasius, Lilia Ciamberlani, Silvia Hirsch, Fernanda Longo Elía, que me acompañó en el ordenamiento y sistematización de archivos e informaciones, Stella Martini, María Ortiz, Carlos Scocco, Marina Umaschi, Mirta Varela, Adriana Vendrov, Silvia Zerillo, con quien discutí y analicé zonas básicas de la relación de los estudios culturales con la semiótica.

Pero también le debe este libro a aquellos con los cuales el intercambio de ideas y experiencias, de trabajo en conjunto, actual o histórico, me alimentó constantemente: Eduardo Galeano, Juan Gelman y Boris Spivacow; Muniz Sodré, Renato Ortiz, Oscar Landi, y mis viejos compañeros Eduardo Romano, Fermín Chávez y Jorge Lafforgue. Mi hermano de expediciones Walter Cazenave. Y también a aquellos con los cuales, durante mi trabajo en la fábrica, compartí la elaboración de proyectos: José Luis Barabini, Eduardo Ojeda y Gian Mauro Marini.

(Boris Spivacow se murió después de la primera redacción de este prólogo. Pero no se lo creo. Sigue vivo. Sólo fue otra de sus bromas.)

El último libro se lo dediqué a mis seis hijos: María, Paula, Camila, Octavio, Josefina y Juan Bautista. Ellos también padecieron un padre que cuando no está sobre la máquina se pierde por los caminos. Agrego ahora los nombres de mi yerno, Gerardo, y de mi nieto, Francisco. Todo lo que hago, al encarar la última recta, que va a ser larga, es para que ellos tengan un futuro menos duro que el que se anuncia. Así pueden mantenerme.

Río Sarmiento, mayo de 1994

Fuentes

Para formar este libro han sido reelaborados trabajos cuyo origen es el siguiente:

1. Navegaciones. Culturas orales. Culturas electrónicas.
Culturas narrativas

Publicado en *David y Goliath*, CLACSO (Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales), XX (58), octubre de 1991.

Reproducido en *Revista Intercom* (Revista de la Sociedade Brasileira de Estudos Interdisciplinares de Comunicação, XV, I, São Paulo, enero-junio de 1992) y en *Diálogos de la comunicación*, FELAFACS (Revista teórica de la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social, n° 38, enero de 1994).

2. De la aldea global al conventillo global. Algunos campos críticos en la problemática homogeneización, heterogeneización y fragmentación en las culturas de América Latina

Ponencia presentada ante el Séptimo Encuentro de FELAFACS (Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social), Acapulco, octubre de 1992.

Reproducido en Jesús Martín Barbero (coord.) y Beatriz Solís Lerey y Luis Núñez Gornés (eds.): *En torno a la identidad latinoamericana*, México: Opción, 1992.

3. Conexiones. El conjunto «índices, abducción, cuerpo»: entre los comienzos de nuestra modernidad y la crisis actual

Trabajo presentado bajo el título de «Crisis: culturas de contacto, culturas de conjeturas» en el Taller Subregional de Actualización Académica: La interdisciplina en la enseñanza de la comunicación, organizado por FELAFACS en Montevideo, octubre de 1990.

4. «Homo viator». El conflicto entre estrategias literarias y etnográficas en *Sudeste* de Haroldo Conti

En curso de publicación en la edición crítica de *Sudeste*, en *Archivos de la literatura clásica latinoamericana contemporánea*: Madrid, París, Buenos Aires. Constituyó una de las ponencias magistrales en la Jornadas de Lingüística y Literatura organizadas por el Instituto de Lingüística (Facultad de Filosofía y Letras), UBA, 1993.

5. Rodar tierra. Rodar sentido. Traslados e inscripciones en movimiento. Apuntes para etnográficos

Trabajo presentado en el Seminario «Fronteiras da Cultura», Programa de Pós-Graduação em Antropologia Social de la Universidade Federal de Rio Grande do Sul, Porto Alegre, 1992. Publicado en *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*. Revista del Colegio de Graduados en Antropología 1, 2, 1992. También, en versión ampliada, con el título de «Rodar tierra. Rodar sentido. Entradas para una etnografía del sentido», en *Versión, Estudios de comunicación y política*, Revista del Departamento de Educación y Comunicación de la Unidad Xochimilco de la UAM (Universidad Autónoma Metropolitana), México, n° 3, abril de 1993.

6. Los medios. Tráfico y accidentes trasdisciplinarios

Ponencia presentada en el Primer Encuentro de COMPOS (Associação Nacional dos Programas de Pós-Graduação em Comunicação). Universidade Federal de Rio de Janeiro, noviembre de 1992. El *post scriptum* incluido en esta edición es posterior (1994).

7. Culturas populares y (medios de) comunicación

Trabajo presentado en el «Seminario sobre culturas populares», Instituto Nacional de Antropología, 1988. Publicado en *Iztapalapa*, Revista de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 11 (42). Número extraordinario, 1991. Dossier «Los estudios culturales en América Latina» preparado por Néstor García Canclini. También en *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología*, 13, 1988-91.

8. Literatura y medios de comunicación. Un conjunto abierto e impreciso

Publicado en *Sextante*, UFRGS, Porto Alegre, n° 7, junio de 1991. Originalmente ponencia para el Tercer encuentro de escritores organizado por la Fundación Roberto Noble (1990).

9. La tribu televisiva y el mercado de la soledad

Primera parte publicada en *Clarín Cultura y Nación*, 8 de setiembre de 1993.

10. José González Castillo. Cine mudo, fábricas y garçonnières

En colaboración con Nora Mazziotti. Publicado en José González Castillo, *Los invertidos*: Ure, Ford, Mazziotti, «Testimonios, textos y cronologías», Buenos Aires: Puntosur, 1991.

11. Ese hombre

En curso de publicación en el número dedicado a Rodolfo Walsh y preparado por Jorge Lafforgue, en *Nuevos textos críticos*, VI, 12-13, julio de 1993-junio de 1994, Stanford University.

12. «Decidir en situaciones de incertidumbre»

Comentario a la ponencia de Herbert Schiller: «Transnational corporate media and the democratic transition in Latin America». Trabajo presentado ante el XIV Congresso Brasileiro de Pesquisa Científica da Comunicação, organizado por INTERCOM (Sociedade Brasileira de Estudos Interdisciplinares de Comunicação). Porto Alegre, setiembre de 1991.

Publicado en Doris Fagundes Haussen (org.), *Sistemas de comunicação e identidades na América Latina*, Porto Alegre, Edipucrs e INTERCOM, 1993.

13. «Aquila non captat muscas». Invenciones, saberes y supervivencias en la cultura de la crisis latinoamericana

Ponencia presentada ante el First Annual Meeting for Interamerican Cultural Studies Network, México, mayo de 1993.

14. Los medios, las coartadas del New Order y la casuística

Trabajo presentado en el Seminario Latinoamericano *Medios de comunicación y ciudadanía*, organizado por la Asociación de Comunicadores Sociales Calandria, Lima, abril de 1994.